

## *La propaganda judía*

La mayoría de los judíos dispersos eran propagandistas. Les irritaban los defectos visibles en el culto pagano: no ocultaban el sentimiento de su superioridad religiosa e intentaban atraer a su culto a todos aquellos a quienes creían poder convencer. Ocupándose muy bien en sus negocios, el judío expatriado era un viajante en monoteísmo. Cubrióse el mundo de apóstoles ambulantes, en los que el interés profesional no entibiaba el ardor de proselitismo y el afán de convertir.

Dicha propaganda producía efectos completamente opuestos en los oyentes. En la mayor parte causaba un vivo sentimiento de repulsión. Los principios más falsos, las historias más ridículas se extendían por el público y formaban la opinión corriente sobre los judíos. Se decía que adoraban, ya a Baco, ya una cabeza de borrico, y que tenían sitios secretos, en que cada año sacrificaban a un griego. Parecía demasiado fuerte que groseros partidarios de una superstición extranjera quisieran convertir a razas más civilizadas. La gente de talento respondía con mofas a tales pretensiones. Pero los hombres bien enterados consideraban esto de modo muy distinto. Estrabón es muy justo para aquella asombrosa religión. Se llevaba a cabo una revolución muy honda en los sentimientos religiosos del mundo antiguo. Resultaba insípido el paganismo grecolatino. Se buscaba en todas partes un nuevo aliento a la necesidad de creer y de amar, que la añeja mitología no satisfacía ya.

Todas las almas atormentadas de la enfermedad religiosa, especialmente las mujeres, se volvían hacia los cultos orientales. Los de Isis, Serapis y Mitra tenían más ternura y devoción que los griegos y latinos, toscos y áridos, y se aprobaba más el monoteísmo que las religiones arias. Cada uno de aquellos dioses era el más grande, el único para sus adoradores.

La religión judía superaba a todas las demás. El culto que entonces ejercía atracción sobre las almas no era el fariseísmo correcto que reducía la religión a una casuística mezquina y no evitaba ningún escándalo ni mal social: era un judaísmo abierto, menos absorbido en las prácticas, menos agradable a los doctores, pero más comunicativo y accesible y del que se derivará el cristianismo. El judaísmo abría amplios horizontes a la esperanza, y se formó una masa enorme de amigos suyos, que hacían la vida judía sin ser judíos de nacimiento y sin circuncidarse.

Se creó así en torno de cada judería un pequeña familia de adictos no circuncidados, que frecuentaba la sinagoga, observaba las leyes alimenticias y sobre todo la abstinencia de cerdo, practicaba la moral judía y admitía las creencias fundamentales del judaísmo.

En el período de que tratamos, las clases aristocráticas de los países griegos y latinos se mostraban todavía rebeldes a la atracción judía; pero en Oriente había príncipes que como Herodes se hacían judíos para poder casarse con mujeres de la familia herodiana. Así pasaron a ser judías por la forma las pequeñas dinastías de Calcis, Comagena, Emeso y Cílica. Más sincera fue la conversión de la casa de Adiabenes, debida al mercader judío Hananiah, y que fue uno de los hechos más considerables de la historia del judaísmo en el siglo I.